

Conozca los HECHOS sobre...

Reflexiones sobre la inmigración



Puntos clave y resúmenes de boletines

- ✘ “Como cristianos católicos, enfrentamos el reto de incorporar la experiencia viva de nuestra fe católica en el contexto de nuestras responsabilidades públicas. En la solidaridad con nuestros hermanos y hermanas de la familia humana, Cristo nos llama a contribuir a mejorar el bienestar humano por medio de obras de piedad y justicia. La caridad cristiana pura no tiene una motivación ideológica o política, sino una motivación independiente, impulsada por nuestros encuentros con Cristo en los sacramentos. La verdadera caridad se manifiesta cuando somos completamente acogedores, ofreciendo el amor de Cristo a todos sin distinción.” – Obispo Paul Bradley
- ✘ En la Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado, el Papa Benedicto XVI dijo, “La realidad de las migraciones nunca debe ser vista sólo como un problema, sino también y sobre todo como un gran recurso para el camino de la humanidad.”
- ✘ Los inmigrantes contribuyen a nuestra economía. Según el Center for Labor Market Studies [Centro de Estudios sobre el Mercado Laboral], el beneficio neto de la inmigración para los EE.UU. asciende a casi \$10.000 millones anualmente.
- ✘ Tenemos el deber de buscar el bienestar de todos, especialmente de los pobres y vulnerables. Como Iglesia, acogemos a los nuevos inmigrantes no porque sean católicos, sino porque nosotros somos católicos.
- ✘ Este debate trata sobre personas reales, que viven en nuestras comunidades, que trabajan con tesón en trabajos arduos, que creen en el “sueño americano” y que se esfuerzan por lograr una vida mejor para ellos y para sus hijos.
- ✘ Estados Unidos muestra lo mejor de sí cuando se aferra a los principios fundadores de igualdad, justicia y oportunidad para todos.
- ✘ Estados Unidos ha demostrado la capacidad y la fortaleza para crear unidad en la diversidad.
- ✘ “Los inmigrantes, nuevos en nuestras playas, nos llaman a salir de nuestra inconsciencia y llegar a una conversión de mente y corazón mediante la cual podamos ofrecer una acogida genuina y adecuada, compartir juntos como hermanos y hermanas en la misma mesa, y trabajar codo a codo para mejorar la calidad de vida de los miembros marginados de la sociedad.” – Obispos de los Estados Unidos
- ✘ “En la Iglesia nadie es extranjero, y la Iglesia no es extranjera para ningún hombre y en ningún lugar.” – Papa Juan Pablo II
- ✘ Nuestra identidad como hijos de Dios nos unifica: “Todos ustedes son uno en Cristo Jesús.” (Gal 3, 28)
- ✘ “Entre los derechos de la persona humana debe contarse también el de que pueda lícitamente cualquiera emigrar a la nación donde espere que podrá atender mejor a sí mismo y a su familia. Por lo cual es un deber de las autoridades públicas admitir a los extranjeros que llegan y, en cuanto lo permita el verdadero bien de su comunidad, favorecer los propósitos de quienes pretenden incorporarse a ella como nuevos miembros.” – *Pacem in Terris* (Papa Juan XXIII, 1963)
- ✘ “La misión de la Iglesia, entonces, como hogar confiable y familiar para la mayoría de los recién llegados a la nación, es un ministerio de evangelización y servicio. La tarea de acoger a los inmigrantes, refugiados y desplazados para que participen plenamente en la Iglesia y la sociedad con derechos y deberes equitativos continúa la interpretación bíblica de la justicia de Dios que alcanza a todos los pueblos.” – Obispos de los Estados Unidos [versión del traductor]
- ✘ “Las naciones más prósperas tienen obligación de acoger, en cuanto sea posible, al extranjero que busca la seguridad y los medios de vida que no puede encontrar en su país de origen.” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2241)

Reflexiones sobre la inmigración

Como nación, nos encontramos en medio de una crisis de inmigración multifacética. Nuestro sistema de inmigración debe ser renovado y subsanado. Se deben examinar cabalmente sus repercusiones económicas, sociales y culturales, así como aquellas relacionadas con la seguridad. Si bien la tarea puede parecer responsabilidad de los gobiernos seculares, la Iglesia Católica se encuentra en una posición clave para ser testigo de las consecuencias de un sistema de inmigración quebrado y para abogar por una reforma justa.

La Iglesia Católica de los Estados Unidos acoge a más de 59 grupos étnicos de todo el mundo, incluidos Asia, África, el Cercano Oriente, América Latina y las naciones europeas. La Iglesia Católica y sus organismos de servicio social cuentan con un largo historial de acoger y asimilar a las olas de inmigrantes y refugiados que ayudaron a construir nuestra nación. Esta tradición continúa hoy en día, cuando tenemos 158 programas católicos de inmigración activos en todo el país.

La Iglesia Católica debe traer a este debate dos responsabilidades concurrentes. En primer lugar, la Iglesia Católica debe tratar las cuestiones pragmáticas relacionadas con la justicia en la reforma migratoria. La Iglesia debe hacer todo lo que esté a su alcance para apoyar soluciones a la crisis migratoria que garanticen los derechos humanos básicos y defiendan la dignidad de toda persona humana.

En segundo lugar, y con la misma importancia, la Iglesia debe desafiar a cada uno de nosotros a que ahondemos en nuestras almas respecto de nuestras actitudes y acciones hacia los inmigrantes y los necesitados. Todos los cristianos enfrentamos actualmente un reto acuciante: ir más allá de la desconfianza y el prejuicio y estar a la altura del llamado de la enseñanza de Cristo de amar a nuestro prójimo y acoger a quienes nos resultan extraños.

En cuanto a las cuestiones pragmáticas, la Iglesia Católica está comprometida con la adopción de un sistema de inmigración modificado que reconozca que todas las personas necesitan protecciones y recursos legales de debido proceso que los protejan de la explotación. En respuesta al dilema de la inmigración, la Iglesia nos llama a comprender con compasión los problemas relacionados con los inmigrantes indocumentados que ya están aquí y sufren necesidades.

La Iglesia Católica ni alienta ni apoya la inmigración ilegal. Por cierto, la inmigración ilegal no es buena ni para el inmigrante ni para la sociedad; intrínsecamente, alienta una sociedad con dos jerarquías que relega a un grupo de personas que sobreviven como clase inferior permanente que existe a la sombra de la sociedad.

Los Obispos de los Estados Unidos llaman a la implementación justa y eficiente de una reforma migratoria exhaustiva que incluya: un programa de legalización ganada que brinde a los trabajadores y sus familias la oportunidad de obtener la residencia permanente; un nuevo programa de visas para trabajadores que proteja los derechos de mano de obra de los trabajadores tanto estadounidenses como nacidos en el extranjero y brinde a los participantes la oportunidad de adquirir la residencia permanente; una reforma que asegure que las familias se vuelvan a reunir de manera oportuna; la restauración de las protecciones de debido proceso para los inmigrantes; protecciones de seguridad interna para la nación; y políticas que aborden las causas raíces de la emigración garantizando un entorno mundial en el que la dignidad humana sea reconocida y las condiciones de pobreza extrema y persecución se reduzcan hasta llegar a su eliminación.

Más allá de estas cuestiones pragmáticas, se llama a los católicos a defender la filosofía esencial de justicia presente en la enseñanza

de la Iglesia. Nuestra reforma, a fin de ser completa, debe abordar no sólo lo que está escrito en la ley, sino también cuán cabalmente amamos a nuestros vecinos. La Biblia nos plantea repetidamente el impresionante reto de amar a todas las personas. En el Levítico se nos indica que: “El extranjero que resida con ustedes les será como uno nacido entre ustedes, y lo amarás como a ti mismo, porque ustedes fueron extranjeros” (Lv 19, 34), y el Evangelio de Juan se hace eco numerosas veces del nuevo mandamiento de Jesús, “que se amen a los unos a los otros, como yo los he amado” (Jn 13, 34).

En su parábola acerca del Buen Samaritano, Jesús pone en claro que el amor por los demás no puede ser un concepto abstracto. Jesús nos llama a emular los actos del Buen Samaritano y a ayudar a todos los que sufren necesidades. Nuestro deber de acometer esta tarea resulta claro cuando reconocemos que la dignidad humana existe, no debido a nuestra herencia racial o situación legal, sino porque Dios nos creó a todos a su imagen y semejanza.

Muchos inmigrantes ya residen en nuestras comunidades y asisten a nuestras parroquias y, como cristianos, debemos acogerlos de una manera que reconozca su dignidad humana y no intente demonizar a aquellos que buscan vivir en condiciones dignas del ser humano.

El Papa Benedicto XVI nos recordó recientemente que los cristianos debemos evitar toda forma de discriminación y acoger al extranjero entre nosotros. Este llamado a la comunión y solidaridad con los inmigrantes y refugiados debería instarnos a reconocerlos como nuestro prójimo. Por este motivo, la Iglesia nos reta a llevar nuestro debate acerca de la reforma migratoria más allá de la aplicación e incluir una respuesta similar a la del Buen Samaritano. En línea con esta tradición, debemos abrir nuestras puertas y corazón a todos con calidez.



Septiembre de 2007

Publicado por la Pennsylvania Catholic Conference, el organismo de asuntos públicos de los Obispos Católicos de Pennsylvania. Para obtener más información, comuníquese con la PCC a PO Box 2835, Harrisburg, PA 17105 717-238-9613, staff@pacatholic.org, o ingrese en www.pacatholic.org.

Esta columna apareció en el número del 15 de junio de 2007 de Pittsburgh Catholic.